

CAPÍTULO XXVII

PERSECUCIONES.

La persecucion.—Al parecer la persecucion en tiempo de Neron no tuvo otro objeto que dar una satisfaccion al pueblo, y no se extendió más allá de los límites de Roma (1). Cuando posteriormente quiso Domiciano levantar de nuevo el templo de Júpiter Capitolino, obligó á los judíos á contribuir mediante un encabezamiento; y como los cristianos, comprendidos bajo esta denominacion, no quisieron pagar bajo condicion ninguna para aquella restauracion, que era en su sentir un acto de idolatria, resultó una nueva persecucion, en que perecieron Flavio Clemente y Domitila, parientes del señor del imperio. Juan, el apóstol predilecto de Jesús, fué desterrado á la isla de Patmos donde se le reveló el Apocalipsis. Entre el número de los que comparecieron ante el procurador de la Judea se encontraron los nietos del apóstol San Judas, hermano, es decir, primo de Jesucristo, acusados de querer restaurar la casa de David de que eran descendientes. Pero la sencillez de sus vestidos y de sus respuestas, y la vista de sus manos, callosas á consecuencia del cultivo de su pequeño campo, dieron al traste con la acusacion y con todas las sospechas de pensamientos ambiciosos.

Plinio Cecilio, elevado á las funciones de procónsul en la Bitinia y en el Ponto, sintió revelarse su conciencia contra el deber que la ley le imponia de condenar á los cristianos: escribia, pues, á Trajano, para informarse de su voluntad, en la forma siguiente: «Señor, tengo por costumbre esponerte mis escrúpulos, porque puedes mejor determinarne é instruirme. Nunca he asistido á un proceso de cristianos; así es, que ignoro verdaderamente sobre que recae la demanda que se dirige contra ellos, ni hasta que punto debe ser agravado

su castigo; y la diferencia de edades es para mí otro motivo de incertidumbre. ¿Deben ser castigados todos sin distincion entre jóvenes y viejos? ¿Conviene perdonar á los que se arrepienten, ó es inútil renunciar al cristianismo después de haberlo abrazado? ¿Se ha de castigar el solo nombre de cristiano á causa de los desafueros que son de él inseparables? Hé aquí no obstante las reglas que he seguido en las causas que he tenido contra los cristianos. Les he preguntado si lo eran realmente, y á los que lo han confesado, les he advertido dos y tres veces amenazándoles con el suplicio; he condenado á los que han perseverado, atendiendo á que, cualquiera que fuese la índole de lo que confesaban, creí dignas de castigo su desobediencia y su obstinacion invencible. He reservado algunos para enviarlos á Roma porque son ciudadanos romanos. Al propagarse esta especie de delito ha engendrado otros muchos. Se me ha remitido una memoria anónima en que se acusa como cristianas á muchas personas que declaran no haberlo sido nunca; y en prueba de ello, á mi presencia y en los términos que he prescrito, han invocado á los dioses, y ofrecido á su imagen incienso y vino. En seguida han proferido imprecaciones contra Cristo, á lo cual no se proponen nunca los que son verdaderamente cristianos. Me ha parecido, pues, que debía absolverlos. Otros que me fueron denunciados, confesaron primeramente que eran cristianos, si bien lo negaron acto continuo, declarando haberlo sido, y haber renunciado á ello, unos hacian tres años, otros veinte. Por otra parte todos adoraron tu efigie y las estatuas de los dioses, y fulminaron mil maldiciones contra Cristo. Afirmaban que todo su delito, ó todo su error, consiste solo en que en dia determinado se congregan antes del alba, y cantan alternativamente himnos á Cristo, como si fuera dios; que se obligan por juramento á

(1) Véase la inscripcion de la pág. 237, nota 7.

no cometer hurto, adulterio, ni otra culpa; á no negar depósito alguno. Después de esto tienen por costumbre reunirse para comer en comunidad manjares inocentes, á lo cual habian renunciado cuando publiqué tu decreto, que prohibia toda clase de reuniones. Parecióme necesario arrancar la verdad por la fuerza de los tormentos á dos jóvenes esclavas consideradas como adictas al ministerio de este culto; pero solo descubrí una supersticion llevada hasta el exceso, lo cual me ha inducido á suspenderlo todo, aguardando tus órdenes. Este asunto es digno de tus reflexiones, en vista de la multitud de los que se hallan envueltos en este peligro. Un gran número de personas de todas clases, y de ambos sexos, son y serán comprendidos en la acusacion, porque este contagio no ha infestado solamente á las ciudades, sino que se ha divulgado en las aldeas y en los campos.»

El emperador le responde: «No conviene buscarlos; pero si son acusados y quedan convictos hay que castigarlos. Si el acusado niega y suministra la prueba invocando á los dioses, cumple perdonar á su arrepentimiento alguna sospecha que haya pesado sobre su persona. Por lo demás no se han de admitir las denuncias tenebrosas para ningun delito; es un ejemplo pernicioso y no entra en nuestras intenciones alentarlos.»

¡Estraña revelacion del contraste que hemos señalado mil veces entre la legalidad y la justicia! El procónsul no halla á aquellos sectarios delincuentes más que de nombre, y reconoce la inocencia de sus juntas: sin embargo los somete al tormento para descubrir sus delitos, y no pide que se les perdone, sino la medida con que debe castigarlos. Hasta el mismo emperador vacila entre su propio sentimiento y el rigor de una legislacion de hierro. ¿Y cómo? La ley es tan vaga, que hasta los más doctos no saben como interpretarla, y no solo puede suspenderla el emperador, sino tambien el procónsul: sin embargo, á las dudas de éste el emperador no contesta sino que ¡ha hecho bien! Pero si aquellos hombres son culpables; ¿porqué no buscarlos? ¿Porqué no admitir todas las denuncias? Si son inocentes. ¿Porqué castigarlos de lo que no es delito? (2) ¿Qué legislacion es esa que ni siquiera exige que se presente al que acusa? ¿Qué legislacion es esa en que no se castiga por un hecho, sino por un sentimiento? ¡Cuán sanguinario testimonio del poco ó ningun caso que hacian los antiguos de la vida de sus semejantes!

Si tanto se dejaba á la arbitrariedad de los tribunales bajo un Plinio y un Trajano, ¿qué no acontecería en las desordenadas y tumultuosas asambleas,

cuando en los dias consagrados á los dioses, y en medio de la embriaguez sanguinaria del anfiteatro, clamaba la plebe á voz en grito: ¡Cristianos á las fieras! ¡Cristianos á las llamas! Ya Caifás habia considerado como útil que se derramara la sangre de un justo para la salvacion del pueblo: cuando se trataba de apaciguar una sedicion ó de grangearse la voluntad del pueblo, inmólaban todavia más fácilmente los procónsules á aquellos galileos odiosos ó despreciados. Adriano y Antonino prohibieron por edictos apoyarse únicamente en el rumor público para pronunciar su condena; pero ¿de qué servia esto, si los mismos acusados confesaban ó se glorificaban de su delito? ¡Cuánto debía irritarse la soberbia de los emperadores y de sus ministros, cuando veian á un niño, á una mujer, á un ciudadano oscuro, confesar francamente el crimen que se le imputaba, y negarse, no á un delito, sino al más simple acto del culto nacional, resistiendo á promesas, amenazas y seducciones! Entonces les aplicaban al tormento, no para arrancarles la confesion de su culpa, sino para obtener una retractacion. A veces sujetaban á las más terribles pruebas la continencia de los mancebos y la castidad de las vírgenes. Luego, enfurecidos por su resistencia, los entregaban á los verdugos y á la muchedumbre, cuya ferocidad, hija del hábito de asistir á los suplicios y á los juegos del circo, se exaltaba aun más por el fanatismo.

Ocurria que algunos gobernadores humanos se negaran á admitir las acusaciones, ó salvaran á los acusados por medio de benevolos subterfugios; permitábanse otros á espulsarlos ó desterrarlos; pero otros los encerraban en las ergástulas ó en las minas (3), donde ejercitaban contra ellos todos los rigores autorizados por la ley, soberanamente inicua, porque era completamente indeterminada.

Si sucumbian los acusados á la prueba eran cubiertos de aplausos por los paganos, mirados con horror y lástima por los cristianos. Al revés, los que soportaban generosamente los tormentos sin perder la vida, eran venerados; se besaban las cadenas que habian arrastrado y sus cicatrices. Instituyéronse para los muertos conmemoraciones anuales: esmeradamente escogidos sus huesos y su sangre eran depositados sobre los altares, especie de mesa, donde tomaban el viático los que declaraban estar prontos á imitarlos (4). Un celo generoso hacia á algunos desear el martirio: llegaban entonces hasta á denunciarse á sí mismos, á perturbar las ceremonias del culto idólatra, á rehusar la cle-

(3) *In metalla damnatur, in insulas relegatur.* TERTULIANO, *Apolog.*, 12. Cipriano dirige cartas á nueve obispos y á muchos eclesiásticos y fieles encerrados en las minas de Numidia. *Ep.* 76, 77.

(2) Tertuliano exclama con su natural energia: *O sententiam necessitate confusam! negat inquirendos ut innocentes, et mandat puniri ut nocentes: parit et sedit, dissimulat et animadvertit... Si damnas, cur et non inquisis? Si non inquisis, cur et non absolvis?* Apologética.

(4) *Certatim gloriosa in certamina rucatur, multoque avidius tunc martyria gloriosis motibus querebantur, quam nunc episcopatus pravus ambitionibus appetuntur.* Sulp. SEVERO, II.

mencia, y á provocar en los anfiteatros la rabia de las fieras y la cólera de los verdugos (5).

Los jefes de las diferentes iglesias moderaban con prudencia aquellos arrebatos de celo que á veces no resistían á la prueba; así como si se entablaba una acusación contra alguno de los suyos, le aconsejaban apelar á la fuga, si no se sentía con fuerza para sufrir el martirio.

Libeláticos.—Algunos compraban á la avaricia de los magistrados una declaración escrita (*libellus*), atestiguando que habían cumplido los ritos preceptuados; mentira que la Iglesia hacia expiar con una penitencia. Aun aquellos cuya firmeza había sucumbido en las pruebas, acudían á casa de sus hermanos tan luego como la persecución había cesado, pretendiendo ser reintegrados por la penitencia en la comunión. Pedro, obispo de Alejandria, publicó para ellos las siguientes re-

(5) Visconti ha respondido á los que pretenden reducir el número de víctimas, reuniendo en sus *Memorias romanas de la antigüedad* (Roma, 1825) las numerosas inscripciones relativas á los mártires. Muchas de estas inscripciones no indican nombres sino solo números, como las siguientes:

MARCELLA ET CHRISTI MARTYRES CCCCCL
HIC REQUIESCIT MEDICUS CUM PLURIBUS
CL MARTYRES CHRISTI.

Quizá son también números de mártires los que se han encontrado sin otra designación que palmas y coronas en las sepulturas. Nos atestigua esta costumbre el siguiente epigrama de Prudencio:

*Sunt et multa tamen, tacitas claudencia tumbas
Marmora, quæ solum significant numerum.
Quanta virum jacent, congestis corpora acervis.
Scire licet, quorum nomina nulla legas.
Sexaginta illic, defossa mole sub una,
Reliquias memini me dedicisse hominum.*
Carm. XI.

Por ejemplo una de estas inscripciones se halla de este modo:

N. XXX, SVRRA ET SENEC. COSS.

y la copiamos, 1.º porque nos dá cuenta de treinta personas condenadas á muerte en tiempo del piadoso Trajano; 2.º porque contradice á los que pretenden (como BURNET, *Cartas escritas de Italia*, pág. 224) que los cristianos no tenían catacumbas antes del siglo IV. Precisamente esta inscripción, que corresponde al año 107, está sacada de una catacumba.

Gibbon, que se obstina en reducir á algunas decenas el número de mártires, rechaza absolutamente el testimonio de los escritores cristianos; pero en abono de su sistema disimula así mismo el testimonio de los paganos que dan fe de los suplicios á que él no presta asenso. Celso censuraba á los cristianos por celebrar sus asambleas en secreto. «Porque si sois descubiertos, decia, vais al suplicio, y antes de ser condenados á muerte padecéis toda clase de tormentos.»—ORÍGENES, *contra Celso*, I, II, VI, VIII. Libanio dice de los cristianos exaltando á Juliano: «Estos sectarios de una religión corrompida estaban en una continua aprensión de que Juliano inventara tormentos todavía más refinados que aquellos á que se les sujetaba antes, como ser mutilados, quemados vivos, etc. porque los emperadores ejercieron contra ellos todas estas crueldades.»

Parentalia in Jul.

glas (306): «Todo el que haya sucumbido después de largos padecimientos, pase cuarenta días en un riguroso ayuno y en obras piadosas, y sea admitido á la comunión enseguida: un año de penitencia para los que nada padecieron, y poseídos de susto apelaron á la fuga. Aquel que haya engañado á los perseguidores con ayuda de artificios, comprando declaraciones libeladas, ó sustituyéndose con paganos, haga seis meses de penitencia: un año si se ha sustituido con esclavos cristianos que se hallan en poder de sus señores: tres años de penitencia para los señores que hayan permitido ó mandado que sus esclavos sacrifiquen. Perdónese á los que, después de haber sucumbido la vez primera, tornen al combate y padezcan con constancia. Aquellos que se arrojen inconsideradamente á la batalla, esponiéndose á la persecución ó provocándola, sin acordarse de que dice el Evangelio *No os espongaís á las tentaciones, seréis conducidos á los tribunales, y no os presentareis á ellos*, no queden excluidos de la comunión; pero si son clérigos, suspéndaseles del santo ministerio. Aquel que haya dado dinero para poner término á las vejaciones de que era blanco, no merece castigo.»

3.ª persecución.—A pesar de los escrúpulos de Trajano, consta que durante su reinado padecieron muchos el martirio, entre otros Ignacio, obispo de Antioquia, y Simon, obispo de Jerusalem. El papa Clemente fué desterrado de su sede.

4.ª persecución.—Adriano fué impulsado á derramar sangre por celo en favor de las supersticiones y de la magia, y también porque confundía á los cristianos con los judíos sobre quienes queria castigar la rebelión de Barcocebas. Por eso insultó los más venerandos recuerdos, mandando colocar ídolos en los lugares consagrados por la cuna y por el sepulcro de Jesucristo; y ordenó suplicios en que perecieron los papas Alejandro, Sixto y Telesforo.

Bajo los Antoninos, los mejores de los príncipes y los mejores de los hombres, como Gibbon los llama, no faltaron mártires tampoco (6). Si el primero de ellos, el Piadoso, no promulgó contra los cristianos ningún nuevo edicto, continuaron los magis-

(6) Del tiempo de los Antoninos poseemos el epitafio siguiente sacado de una catacumba: revela á la vez la profunda tristeza y las esperanzas de los perseguidos:

ALEXANDER MORTVVS NON EST SED VIVIT SVPER
ASTRA ET CORPVS IN HOC TVMVLO QVIESCIT. VITAM
EXPLEVIT CVM ANTONINO IMP. QVI VBI MVLTVM BENEFITH ANTEVENIRE PRÆVIDERET PRO GRATIA
ODIVM REDDIT. GENVA ENIN FLECTENS VERO DEO
SACRIFICATVRVS AE SVPLICIA DVCITVR. O TEMPORA
INFVSTA QVIBVS INTER SACRA ET VOTA NE IN CAVERNIS QVIDEM SALVARE POSSVMS. QVID MISERIVS
VITA? SED QVID MISERIVI IN MORTE CVM AB AMICIS
ES PARENTIBVS SEPELLIRI NEQVEANT?

Lo trae ARINGHI, *Roma subterránea*, II, p. 685; pero no es segura su autenticidad.

trados ejerciendo grandes rigores, y apoyándose en las antiguas leyes.

5.ª persecución.—Posteriormente Marco Aurelio con todas sus virtudes no poseyó la de saber resistir á los filósofos, que le escitaron contra los cristianos: persiguiólos, pues, ó consintió que fueran perseguidos como culpables de atentar á la religión del Estado, y de nutrir sentimientos hostiles á la república, hasta el momento, según se dice, que suspendió la efusión de sangre al milagro precedentemente referido de la legion Fulminante.

6.ª persecución.—No se renovó bajo Cómodo y sus sucesores, lo cual hizo que se aumentara mucho en aquella época el número de creyentes, hasta entre las personas de elevada alcurnia. Septimio Severo concibió recelos de los cristianos á fines de su reinado, y confundiólos con los turbulentos hebreos, fulminó un decreto que en realidad no recaía más que sobre los nuevos prosélitos, si bien podía estenderse á los demás fácilmente, y con especialidad á los que hacían conversiones: así la persecución comenzada en Egipto cundió al resto del imperio. Doce cristianos de Scila en el África proconsular, que no cedían á las lisonjas ni amenazas, sufrieron el martirio sin lanzar una queja; y su nombre repetido con veneración, en las reuniones de fieles, alentó á los cristianos, é impulsó hácia la verdad á muchos gentiles.

Después de la muerte de Severo cobraron los cristianos tanta energía y confianza, que en vez de reunirse como al principio en casas particulares ó en sitios ocultos, pudieron levantar iglesias, comprar terrenos en Roma y hacer públicamente sus elecciones: admitióles el emperador Alejandro Severo dentro de su palacio como filósofos y como sacerdotes; y obtuvieron obispos y doctores su privanza. Pero cuando le sucedió Maximino, airándose contra los amigos de su antecesor, fueron envueltos en la proscripción muchos cristianos: después cupo igual suerte á otros con motivo de un temblor de tierra que se sintió en Capadocia y en el Ponto.

7.ª persecución.—Si el emperador Filipo, llevado quizá de las exhortaciones de Orígenes, favoreció á los cristianos hasta el extremo de hacer presumir que había abrazado su fé, Decio se mostró horriblemente hostil respecto de ellos.

8.ª persecución.—Un poeta fanático se puso á deplorar en público el abandono en que se encontraba la religión antigua: solicitó la muchedumbre que corriera la sangre de los impíos en reparación de aquel agravio, y los magistrados probaron á ganarse el favor popular accediendo á sus deseos.

La peste, que desoló el imperio por aquel tiempo, contribuyó también á escitar el furor del pueblo y la superstición de los agentes del poder contra aquellas víctimas inocentes, que solo se vengaban prodigando sus buenos oficios, caridad y oraciones. Entonces fueron inmolados ó desterrados los principales obispos. Durante diez y seis meses se vió el clero de Roma reducido á la im-

posibilidad de proceder á la elección de un nuevo pontífice, en reemplazo de Fabio, que había sido condenado á muerte. Ejercieronse las crueldades más refinadas. Hubo juez que, después de haber hecho sufrir á un infortunado el suplicio del caballete y de las planchas hechas ascua, mandó que se le untara de miel y se le pusiera al sol para ser devorado por las moscas. Otro en la lozania de su edad fué conducido á un jardín ameno y atado á un blando lecho con una prostituta; entonces no sabiendo como resistir á sus impúdicas escitaciones, se cortó la lengua con los dientes y se le esculpió al rostro (7). Otros no supieron resistir á los tormentos, y se contaron en este número dos romanas, Numeria y Cándida. Informado del hecho Luciano, que se hallaba encarcelado en Cartago, escribió en estos términos á Celerino, que le preguntaba si eran dignas de perdón. «*Cuando vivía en el mundo el bienaventurado mártir Pablo, me llamó y me dijo: Luciano, te anuncio ante Jesucristo, que si después de mi muerte te pide alguno la paz, se la concedas en mi nombre; porque todos nosotros, á quienes Dios se ha dignado llamar á sí en esta persecución, hemos espedido de comun acuerdo letras de paz á los que han faltado.* Sabed, pues, hermano mio, que estoy dispuesto á ejecutar la orden que me trasmitió Pablo, y que la hemos establecido también desde que nos hallamos en esta aflicción, habiendo mandado el emperador que se nos dejara morir de hambre, encerrados en dos horribles calabozos en donde el calor es sofocante. Ahora ya vemos un poco de luz. Os ruego, pues, que saludeis á Cándida y á Numeria, las cuales tendrán paz, según la recomendación de Pablo y de los demás mártires, cuyos nombres son los siguientes: Baxo, que murió en las canteras; Mapalico, ahorcado; Fortunion, en el calabozo; Pablo, después del tormento; Fortuna, Victoriano, Víctor, Herennia, Crédula, Hereno, Donato, Fermo, Vento, Fructo, Julia, Marcial y Ariston, que por la voluntad de Dios, han muerto de hambre en la cárcel. En breve se os anunciará que nosotros les hemos seguido, porque hace ocho días que se nos ha encerrado de nuevo, después de haber recibido durante cinco días un poco de pan y agua, estrictamente tasado. Pido que cuando el Señor otorgue la paz á la Iglesia, la consigan también los que han errado, según la voluntad de Pablo y nuestra deliberación, después de haber espuesto su falta ante el obispo y hacer penitencia, y no solo ellos, sino todos aquellos á quienes sabeis que nuestra intención es estensiva.»

9.ª persecución.—A fines de su reinado persi-

(7) A esta época se refiere la historia de los siete durmientes. Eran hermanos que, habiendo huido de Efeso á consecuencia de la persecución, se refugiaron en el fondo de una caverna y se durmieron en el Señor. Sus cuerpos fueron hallados mucho tiempo después y cundió entre el vulgo el rumor de que habían dormido hasta entonces.

guió Valeriano nuevamente a los cristianos, a instigación del prefecto Maeriano, oriundo de Egipto y versado en la magia. Cayeron entre aquellas ilustres víctimas los papas Esteban y Sixto II, y el obispo Cipriano. Lorenzo, que guardaba los tesoros de la iglesia, viéndose estrechado a revelar donde los tenía depositados, señaló a una multitud de pobres, lo cual le valió ser asado en unas parrillas.

Galiano suspendió las persecuciones, y aunque hubo algunas víctimas bajo Aureliano, pudo aumentarse la Iglesia y adquirió aquella apariencia de legalidad que confiere el tiempo.

Pablo de Samosata, 260.—Se acrecentó el número de prosélitos hasta el punto de ser preciso ensanchar en todas partes las iglesias. Cristianos eran promovidos a las magistraturas, se honraba y veneraba a los obispos. Esto se comprendió notablemente a propósito de Pablo de Samosata, que, habiendo depuesto el espíritu evangélico, introducía el fausto pagano en las cosas sagradas, hacía exacciones de dinero, vendía las dignidades, complicaba los negocios, predicaba más bien como sofista que como apóstol; se recreaba en la molición, y acabó por caer en la herejía. Habiéndose concertado inútilmente los obispos para volverle a verdadero camino, le depusieron y eligieron un sucesor sin tomar parecer del pueblo ni del clero. Esta irregularidad fué denunciada a Odenato y a Zenobia, cuyo favor mantuvo a Pablo en sus funciones hasta la victoria de Aureliano. Este príncipe mandó que comparecieran en su presencia los dos partidos, y no sintiéndose en disposición de pronunciar el fallo, remitió la decisión a los obispos de Italia; ya porque les reputara como más imparciales, ya porque quisiera aumentar el ascendiente de la capital sobre las provincias.

Está en la índole del hombre dejar languidecer una creencia cuando no encuentra escollos, y reanimarla cuando es combatida. Los paganos, que miraban la religión con indiferencia ó con desprecio, se adhirieron por reacción a ella, cuando los cristianos se consagraron a demostrar su falsedad y su desdoro. Pretendieron que las cosas á que el buen sentido hacia justicia desde que fueron conocidas, eran adiciones populares ó símbolos de una sabiduría misteriosa ó de una moral sublime. Se apeló de consiguiente al respeto de las antiguas fábulas, y el despecho de verlas denigradas por los nuevos sectarios hizo que se intentara sostenerlas á toda costa. Fueron, pues, los sacrificios más multiplicados y pomposos que nunca; y se introdujeron otros nuevos. Propusieron á los creyentes iniciaciones y expiaciones, cuyo objeto era consumir lo que prometía la Iglesia por el bautismo y la confesión; vinieron en pos los milagros, los profetas, los oráculos, las repetidas curaciones en el templo de Esculapio é Igia; de tal modo se exaltó el fanatismo del pueblo, que las ciudades y las corporaciones solicitaban á porfía de los emperadores la ejecución de las antiguas leyes, esto es, el exterminio de los cristianos.

Secundáronlas en esto Maximiano y Galerio. Habiéndose reunido este último con Diocleciano después de la guerra de Persia, á fin de acordar sobre la suerte de los cristianos, deliberaron con un corto número de personajes eminentes: todos fueron de dictámen de que debía estirpase una secta que, propagándose independiente en el seno del Estado, embarazaba su acción y podía amenazar su existencia. Ciertamente es que extraordinariamente divulgó el cristianismo descomponía la unidad tan necesaria de las leyes y de las creencias; y convenia, pues, para consolidarla, hacer que la nueva religión fuera la dominante, ó destruirla hasta sus más hondas raíces. Diocleciano no tuvo la buena inspiración ó la voluntad de optar por el primer partido: adoptó el segundo.

10.^a persecucion.—El día de las fiestas terminales entraron á la fuerza el prefecto del pretorio y los principales funcionarios en la iglesia mayor de Nicomedia (23 de febrero de 303); y no encontrando allí ningún objeto del culto, quemaron las Sagradas Escrituras, y en pocas horas derribaron el templo, que dominaba el palacio imperial por hallarse en la parte más alta y poblada de la ciudad. El edicto general de proscripción fué publicado al día siguiente. En todas las provincias debían de ser demolidas las iglesias; se imponía pena de muerte á cuantos asistieran a los conventículos secretos; se intimaba la presentación de los libros santos para quemarlos públicamente; se vendieron á su-basta los bienes eclesiásticos, ó fueron confiscados ó donados á corporaciones y á cortesanos. Además se castigó la negativa de rendir homenaje á los dioses, para los hombres libres con la esclusión de los honores y empleos, y con perder toda esperanza de libertad para los esclavos. Cesó de proteger la ley á unos y á otros: hubieron de admitir los jueces toda acusación contra los cristianos, rehusando en su obsequio toda reclamación ó excusa. Si no atestiguaran uniformemente este decreto de tan tiránica perversidad numerosos historiadores, apenas se podría creer que fuera obra del jefe de una nación civilizada, porque envolvía en la persecución más furiosa á una gran parte del mundo, dando libre curso á todas las violencias, á todos los odios privados, sin dejar siquiera á los pacientes el derecho de quejarse.

Al leer aquel edicto, fijado en Nicomedia, un cristiano más generoso que prudente (8), le hizo pedazos, y prorumpió en amargas invectivas contra los césares. Como nada castigan más severamente los gobernadores injustos que una manifestación que tiene por objeto desaprobar y condenar sus desafueros, aquel infortunado fué quemado á fuego lento, á pesar de ser de condición algún

(8) *Et si non recto, magno tamen animo*, dice LACTANCIO, cap. 12; y es admirable esa rectitud de juicio en medio de la admiración de los partidarios y el insulto de los enemigos.

tanto elevada; y se refinaron sus padecimientos para vengar la injuria hecha á la majestad imperial, sin conseguir alterar la sonrisa que arqueó sus labios durante su atroz agonía.

Aquel espectáculo y los aplausos prodigados por los cristianos á aquel héroe, infundieron á Diocleciano cierta especie de turbación y un sentimiento de miedo. Habiéndose prendido fuego á su palacio dos veces en aquel día, vió en aquel acontecimiento una venganza de los cristianos conjurados con los dependientes más íntimos de su casa. Fingiendo Galerio descubrir emboscadas por todas partes, no quiso permanecer en aquella ciudad por más tiempo, de donde resultó que el débil emperador dejó libre vado á las más feroces ejecuciones. «Se encarcelaba á los sacerdotes, dice Lactancio, y á todos los ministros de la religión; luego se les arrastraba á la muerte sin oírlos y hasta sin interrogarles. Sin distinción de edad ni de sexo eran condenados los cristianos á las llamas, y como se contaban muchos, no se les conducía aisladamente al suplicio, sino que se les amontonaba sobre las hogueras. Arrojàbase al mar á los esclavos con piedras al cuello: á nadie perdonaba la persecución: instalándose los jueces en los templos obligaban á sacrificar á todo el mundo: estaban atestadas las prisiones; se imaginaban nuevos géneros de tormentos, y para que nadie se libertara de crueldad semejante, se erigían altares delante de las rejas de los calabozos y de los tribunales, á fin de que los acusados sacrificaran antes de abogar por su causa: así se les hacia comparecer no solo ante los jueces, sino en presencia de los dioses.»

Imitáronse á porfía las escenas de Nicomedia en las demás provincias; fueron espoliadas las iglesias (9) y enseguida incendiadas. Una ciudad de Frigia, donde se temía resistencia en virtud del gran número de cristianos que había en su recinto, recibió un destacamento de legionarios. A su llegada todos los fieles se refugiaron en la iglesia, resueltos á defenderse ó á morir allí dentro. Prendieron fuego los soldados al edificio y no salvó la vida uno solo de los cristianos.

También se les acusó entonces de algunas rebeliones en Siria y en los confines de Armenia. En ello encontró Diocleciano un motivo para agravar cada vez más el rigor de sus preceptos manifestando la intención de abolir el nombre cristiano (10).

(9) Se ha conservado el inventario de lo que contenía la iglesia de Cirra en Numidia, y resultan: dos cálices de oro, y seis de plata, seis urnas, una caldera, siete lámparas del último metal, sin contar los utensilios de cobre y las ropas.

(10) El romano Agatángelo describe y probablemente vió las persecuciones de aquel tiempo en Armenia, en que las vírgenes Ripsima y Gayana fueron espuestas á las brutalidades del rey Tiridates; y muchas otras sufrieron la muerte; pero el martirio de aquellas fué causa de que se convirtiera la Armenia. La historia de Agatángelo traducida

Recibieron orden los gobernadores de las provincias de prender á todos los eclesiásticos; los jueces de acreditar la mayor severidad y de condenar á muerte á todo el que opusiera resistencia; y así la misión del juez no tuvo por objeto fallar sobre una acusación apoyada en pruebas, sino descubrir, perseguir ó aplicar el tormento á todo el que era cristiano ó quería salvar á un cristiano.

Aunque regida España por Constancio, halló un feroz ejecutor del edicto de proscripción en el gobernador Daciano. Fué menos cruda la persecución en Bretaña. Estremadamente rigurosa en Africa, envolvió hasta á Adauto, tesorero privado del emperador. Eusebio oyó decir en Egipto que fueron separadas en un solo día tantas cabezas del tronco, que el hacha quedó embotada, y los verdugos obligados á alternar en su vil oficio. Después de la condena de muchos cristianos, vió por sus propios ojos á otros muchos correr al tribunal confesando su fe y pidiendo á voces la muerte: luego todos entonaban cánticos de acción de gracias hasta el momento en que exhalaban el postrer aliento. La iglesia de Italia produjo abundante cosecha de mártires: en Roma el cómico Genesio, Pancracio de edad de catorce años, Inés de doce, el milanés Sebastian, el sacerdote Marcelo, el exorcista Pedro; en Benevento el obispo Genaro, glorificado por los napolitanos; en Bolonia, Agrícola y Vital su esclavo; en Milan, Nazario, Celso, Nabor, Félix, Gervasio y Protasio; en Aquilea, Cancio, Canciano y Cancianila, de la familia Anicia; nuevas glorias de un país, donde la gloria había consistido hasta entonces no en padecer, sino en matar.

También fué fecundada la iglesia de Galia con la sangre de una porción de mártires, é ilustrada con prodigios. *Los siervos de Cristo residentes en Viena y en Lion*, escribían en estos términos á sus hermanos que profesaban la misma fe y la misma esperanza, refiriéndoles las particularidades de los suplicios. «Tan animado estaba el odio de los paganos contra nosotros, que nos echaban de las casas, de los baños, de las plazas y no sufrían generalmente que se presentara en público ninguno de nosotros. Pusieron en salvo los más débiles y se espusieron á la persecución los fuertes de ánimo. En un principio se arrojaba contra ellos el pueblo confusamente por masas, con vociferaciones y golpes, arrastrándoles, desgarrando sus vestiduras, apedreándoles, destrozándoles, haciéndoles padecer cuanto el furor puede inventar en su infame delirio. Conducidos luego á la plaza, interrogados públicamente por el tribuno y por los magistrados de la ciudad, eran encarcelados hasta la llegada del gobernador. Enseguida comparecían en su presencia, y como les tratara cruelmente, no pudiendo tolerar semejante conducta, Vesio Epagato, jóven

del armenio al italiano, constituye uno de los eslabones de la cadena histórica que los padres mequitistas habían enlazado en su isla de Venecia.

de costumbres irrepreensibles y sumamente celoso, pidió que se le oyera para presentar su defensa y demostrar que no éramos impíos. Cuantos estaban en torno del tribunal se alzaron en contra suya; y en vez de acoger el gobernador su súplica le preguntó si también era cristiano; Vesio lo confesó en alta voz y fué colocado entre los mártires con el título de abogado de los cristianos. A diez les faltó fuerza para resistir ó por no haberse preparado de antemano al combate. Su caída nos causó una viva aflicción y disminuyó el valor de los demás que no habiendo sido todavía presos, asistían á los cristianos por muchas penas que aquello les ocasionara. Nos infundió temores la incertidumbre en que nos hallábamos respecto de su confesión, no porque nos asustaran los tormentos, sino porque pensábamos en el fin, y recelábamos que algunos de ellos pudieran permanecer constantes.»

Entre esta legión gloriosa, que por espacio de cuatro siglos renovó en sus miembros la pasión de Jesucristo, escogeremos y haremos especial mención de algunos que se señalaron por su heroica constancia.

San Ignacio.—En el momento en que Trajano se adelantaba contra los partos, hizo comparecer á su presencia en Antioquia á Ignacio, obispo, discípulo de los Apóstoles, y le preguntó: «¿Quién eres tú, miserable, que desprecias mis órdenes, y aconsejas á los demás su ruina?» Habiéndole contestado Ignacio que se llamaba Teoforo, esto es Porta-Dios, añadió el emperador: «¿Qué quiere decir Porta-Dios?—Aquel que tiene á Jesús en el corazón.—¿Crees tú, pues, que nosotros no llevamos también en el corazón á los dioses que combaten en favor nuestro contra nuestros enemigos?—Te engañas llamando dioses á los demonios de los gentiles. Hay un solo Dios, que hizo el cielo, la tierra, el mar, y todo lo que existe: no hay más que un Jesucristo, hijo único de Dios, á cuyo reino aspiro.—¿Hablas del que fué crucificado en tiempo de Poncio Pilato? replicó Trajano.—Sí, de aquel que me libró de mis pecados y de su autor, y el cual pone toda la naturaleza y los demonios á los pies de los que le llevan en el corazón.»

Habiendo oído Trajano esta confesión absoluta de la divinidad de Cristo, le envió á Roma para que le diesen la muerte. De todas partes acudían obispos, diáconos, fieles enviados por las iglesias para socorrerle, para rogar por él, para recibir su bendición, y era un espectáculo nuevo para el mundo el triunfo de un hombre cargado de cadenas. Cuando llegó á la capital temió que alcanzara su perdón la piedad de los fieles (11) y les

(11) Es imposible manifestar la sed del martirio con palabras más vehementes que las de San Ignacio. Han sido conservadas por San Jerónimo en el *Catálogo de los escritores eclesiásticos*: *Utinam fruar bestiis que mihi sunt paratae! quas et oro veloces, esse ad comedendum me, ne sicut aliorum martyrum, non audeant corpus meum attingere. Quod si venire noluerint, ego vim faciam ut devorer.*

suplicó que le permitieran recojer la triunfal palma. Postrándose de hinojos con sus hermanos, rogó al hijo de Dios por las iglesias, por el fin de la persecución, por el sostenimiento de la caridad de los fieles. Arrastrado enseguida al anfiteatro (21 de diciembre de 167) fué abandonado á las fieras para diversion del pueblo-rey en ocasión de las fiestas sigilarias. Aplaudían los gentiles á los leones que desgarraban sus carnes, mientras los fieles oraban por él y daban aviso de su martirio á todos sus hermanos en Jesucristo, a fin de que aquel día fuera solemnizado perpétuamente.

San Policarpo.—Esto acontecía bajo el pio Trajano. En tiempo del filósofo Marco Aurelio fué martirizado Policarpo, obispo de Esmirna (21 diciembre 107), á la edad de setenta años. Sabedor de que le buscaban para conducirlo á la muerte, se retiró al campo pasando allí los días y las noches en orar con algunos fieles por la Iglesia. Habiendo llegado á prender los arqueros á aquel anciano inofensivo, les hizo servir la cena, y se puso á orar tan fervorosamente, que hasta se enternecieron los satélites de la tiranía. Le acomodaron sobre un asno y le llevaron á la ciudad. Herodes, juez de paz (*εἰρηναρχης*), que le había salido al encuentro con Nicetas su padre, le invitó á subir en su carroza y ambos le invitaron á que cediera. «¿Qué perjuicio se origina, le decían, de llamar á César señor, de sacrificar y salvarse? Pero como persistiera en la negativa, le arrojaron del carro y se hirió una pierna. Sin lanzar una queja les siguió á pié al anfiteatro en medio de los clamores del pueblo entero. A las reiteradas exhortaciones del procónsul respondió de este modo: «Si pensais que es para vos honroso hacerme jurar por lo que llamais fortuna de César, y si dais así testimonio de no conocerme, os diré quien soy. Me glorio de cristiano, y si quereis saber mi doctrina, concededme un solo día, y os la pondré de manifiesto.» Como el procónsul le replicara que habría de persuadir á la muchedumbre, repuso: «Consiento en hablaros porque nuestra ley enseña á tributar á las potestades establecidas por Dios la honra que les es debida; pero no creo á esta plebe digna de que yo me disculpe delante de ella.» Y como añadiera el magistrado: «Jura por la fortuna de César y sé conmigo ¡desaparezcan los impíos del mundo!» Policarpo dirigió sus miradas á la muchedumbre, estendió sobre ella la mano y levantando luego los ojos al cielo exclamó con un suspiro: «*Desaparezcan los impíos del mundo!* Entonces el procónsul hizo que un heraldo pregonara en el anfiteatro que Policarpo se confesaba cristiano, y la muchedumbre empezó á gritar con furiosos ahullidos: «*Muera! ¡muera!* Cuando estuvo preparada la hoguera, no quiso que le ataran á un madero como era costumbre: *Aquel, dijo, que me concede fuerzas para arrostrar el suplicio del fuego, me otorgará bastante para soportarlo sin auxilio de esas ligaduras.* Sin cesar de orar ni de bendecir, se encontró en medio de las llamas.

Acacio, obispo de una iglesia de Oriente, fué llevado (250) delante de Marciano, personaje consular, quien le dijo: «Vosotros que vivis con arreglo á las leyes romanas, debeis amar á vuestros príncipes.» Y dió por respuesta: «¿Quién ama al emperador más que los cristianos? Oramos por él, por los soldados, por todo el mundo.»—*Está bien, repuso Marciano; pero para que vuestra adhesión sea más patente, ofreced con nosotros un sacrificio.* Negándose el obispo á sacrificar ante un hombre, empezaron á discutir sobre la divinidad, y Acacio entró en el detalle de las fechorías de Apolo, añadiendo: «Aunque me fuera en ello la vida. ¿Os parece que debo adorar á aquellos á quienes no me cumple imitar, á aquellos cuyos imitadores serian castigados por vos mismo?»—*He aquí, replicó Marciano, como los cristianos inventan calumnias contra nuestros dioses, ¿esa es vuestra costumbre!* *sacrifica ó muere.* Acacio dijo entonces: «¡Eso mismo dicen los bandoleros de Dalmacia! La bolsa ó la vida. No se trata de averiguar quien tiene la razón, sino á quien asiste la fuerza.» Transmitida fué al emperador punto por punto aquella discusión que duró largo tiempo. Decio se rió de ella con toda su alma, ordenó que se restituyera la libertad á Acacio y confirió un gobierno á Marciano.

Hipólito, sacerdote romano, había adoptado la heregia de Novato; pero cuando se le condujo al suplicio, no cesó de repetir al pueblo que se agolpaba á su tránsito: *Tornad á la fé católica.* Tan luego como el gobernador de Ostia, que había mandado ya dar muerte á una multitud de aquellos creyentes obstinados, oyó el nombre del sacerdote, ordenó que le ataran, á semejanza del Hipólito de la fábula, á dos corceles no domados, que le descuartizaron horrorosamente.

Ginés, hábil cómico, representaba por burla en el teatro un bautismo cristiano, cuando el Espíritu Santo le inspiró y le hizo abrazar el cristianismo, haciendo al concluir la farsa, ardiente profesion de cristiano, por lo cual dió á los concurrentes el espectáculo de su martirio.

Sapricio, sacerdote, y Nicéforo, lego, ambos de Antioquia, de amigos que eran habian llegado á aborrecerse de tal modo, que evitaban encontrarse en la calle. Pareciendo á Nicéforo que aquella hostilidad no convenia entre cristianos, envió muchas personas cerca de Sapricio para reconciliarse con él: no consiguiendo así su designio, fué en persona y siempre en vano. En esto estalló la persecución, y Sapricio, confesando ser cristiano, fué condenado á muerte. Nicéforo le siguió durante toda la travesía, rogándole que cediese á una reconciliación sincera, mientras le escarnecían los verdugos, oyéndole implorar perdón á un hombre á quien conducían al suplicio. Sapricio no le contestaba y permanecía inalterable. Aquel hombre, que carecía de caridad, careció también de constancia: al llegar al pié del cadalso declaró que estaba pronto á sacrificar á los dioses. Nicéforo hizo cuanto estuvo

de su parte á fin de que renunciara á tan mal pensamiento y para que no rehusara la corona que le esperaba. Estériles fueron sus esfuerzos, por lo cual se confesó cristiano y dispuesto á padecer la muerte. El magistrado le concedió lo que pedia.

Cuando terminó Adriano su espléndida morada de Tivoli quiso inaugurarla con pomposos sacrificios; pero las víctimas, los auspicios, los augurios no ofrecían ningun resultado, ó si lo ofrecían era siniestro. Consultados los dioses con auxilio de las evocaciones más poderosas respondieron:—«¿Cómo hemos de dar oráculos cuando cotidianamente nos ultraja, invocando á su dios, Sinforosa con sus siete hijos?»—Hízola comparecer el emperador á su presencia, y preguntándole quien era, le dijo: *Mi marido Getulio y su hermano Amancio, tribunos militares, padecieron ambos por Jesucristo, y por no sacrificar á los dioses se sometieron á que les cortaran la cabeza, adquiriendo así el oprobio en la tierra y la gloria entre los ángeles.* Intimidándole Adriano que optara entre sacrificar á los dioses, ó ser sacrificada á ellos, no vaciló un solo punto, suspirando por el instante de unirse nuevamente á su esposo. Mandó, pues, el emperador que la condujeran al templo de Hércules, donde fue abofeteada, colgada de los cabellos, sin desmentir su firmeza: entonces ordenó que fuera despeñada desde aquellas cascadas celebradas por los voluptuosos cantos de Horacio. Sus hijos imitaron su constancia.

Cuando Sinforiano fué conducido en Autun al martirio, le gritaba su madre desde los baluartes: *Hijo mio, levanta tu corazón al cielo; no te arrancan la vida; por otra mejor vas á trocársela.* Felicitas, matrona de ilustre nacimiento, exhortó también á una muerte valerosa á sus siete hijos, asistiendo á su suplicio para seguirlos bien pronto al cielo.

El ministro de las violencias de Valente en Edesa, preguntó á una mujer:—*¿Adónde vas tan apresurada?—A la iglesia.—¿No sabes que se da la muerte á todos los que se encuentran en ella?—Por ese me apresuro.—¿Y ese niño?—Quiero que él también participe del martirio (12).*

Durante la persecución de Diocleciano se vió á un niño de edad de siete años, llamado Barulas, confesar á un solo Dios y negarse á adorar á otros, y el juez mandó que le azotaran hasta hacer saltar la sangre en presencia de su madre, que intrépida, á la par que los asistentes derramaban copioso llanto, le exhortaba á la constancia. Cuando oyó que le condenaban á muerte, le llevó ella misma al lugar del suplicio y le puso en manos del verdugo, después de haberle abrazado y de recomendarle á sus oraciones: luego estendió sus vestidos para recoger su sangre y su cabeza que se llevó consigo.

(12) SOZOMENES, lib. VI, c. 18; SÓCRATES, lib. IV, 18. Véase para todos estos hechos la colección de RUINART. —*Acta primorum martyrum sincera et selecta.* Paris, 1689.

Orilo, niño de Cesarea, tenía siempre en la boca el nombre de Jesús, lo cual fué causa de que muchos adolescentes de su edad le cobraran odio y de que su padre le echara de su casa, dejándole en el mayor desamparo. Hizo el juez que se le presentara y puso en planta las caricias y las amenazas, sin sacar en limpio no más que estas espresiones: *Me regocijan las reconvenções, porque Dios me alabará; espulsado de mi casa, tengo otra mejor.* Sabedor el juez de que la vista de la hoguera no le había asustado, le envió al suplicio, que padeció intrépidamente.

Cuéntase que en tiempo de Diocleciano sufrió el martirio toda la legión Tebana en el Valés, en frente de la magnífica cascada de Pissevache, por no querer perseguir á los cristianos. «Somos vuestros soldados, decían; de vos recibimos el sueldo; pero recibimos de Dios la vida y debemos conservar la inocencia. ¿Queréis que esgrimamos nuestra espada contra el enemigo? Lo haremos de buen grado, mas no así contra los inocentes. Tenemos las armas en la mano, y sin embargo no os oponemos resistencia alguna, prefiriendo morir sin tacha á vivir asesinos.» (13) Distinción ignorada de los soldados antiguos, la cual anunciaba los tiempos en que la obediencia había de ser razonada.

En Sebaste, durante la persecucion de Licinio, habiéndose declarado generosamente cristianos cuarenta soldados de diferentes países, por un refinamiento de nueva crueldad, fueron espuestos por espacio de una noche entera y en medio de un crudo invierno, en un baño helado, mientras que un baño tibio les convidaba á buscar alivio á su padecimiento. Uno solo corrió en pos de aquel consuelo, falto ya de resistencia; todos los demás se exhortaban recíprocamente como en un día de batalla. A la mañana siguiente por una transición súbita fueron arrojados á las llamas. De intento habían olvidado los verdugos á uno con la esperanza de que abjuraria; pero su madre le empujó á la hoguera, diciendo: *Vé y termina con tus hermanos la obra que tan bien has comenzado, á fin de que no te presentes el último delante de Dios.*

Como el juez echase en cara á Afra su antigua ignominia de cortesana, ella le respondió que había distribuido á los pobres el dinero mal ganado; confesaba no obstante, que le había costado mucho hacerles admitir aquel precio de su infamia. Y comprendía que Jesucristo había venido para redimir á los pecadores, puesto que le permitía poder confesar su santo nombre en presencia de la muerte, y pedir misericordia por sus culpas.

Potamiana, esclava egipcia de singular hermo-

(13) *Milites sumus, imperator, tui, sed tamen servi, quod liberi confitemur, Dei. Et nunc, non nos hac ultima vita necessitas in rebellionem coegit; tenemus ecce arma et non resistimus, quia mori quam occidere satius volumus.* RUINART, *De ss. Maur, et soc.*, t. 4.

sura, fué denunciada como cristiana por su amo, á cuyas deshonestas obsesiones había resistido. No se sonrojó el prefecto Aquila de descender con ella á la mediación más innoble, estrechándola á que cediera; y al oír su negativa la condenó á ser sumergida en una caldera de pez hirviendo, después de haber sido violada por el verdugo. Ella suplicó que le perdonase este último suplicio exclamando: *Por la vida del emperador os ruego que no me hagais despojar de mis vestidos y presentarme desnuda; sino que me sumerjan poco á poco en la caldera cubierta con mi vestido.*

Siete vírgenes de Ancira, respetables por su santidad y por sus años, fueron condenadas á ser ahogadas y espuestas antes á los insultos de una turba de libertinos; pero alzándose el velo Tecusa, la mayor de ellas, y enseñando sus cabellos blancos al que pretendía ultrajarla, dijo: *Acaso tengas una madre con la cabeza cana como la mía. Déjanos con nuestras lágrimas, y reserva para ti la esperanza del galardón que te concederá Jesucristo.*

Aglæ era una dama romana tan opulenta, que había dado espectáculos públicos tres veces á su costa. Setenta y tres agentes administraban sus rentas, y tenía por mayordomo general á Bonifacio, que vivía con ella en el pecado; hombre aquel de costumbres relajadas, aunque hospitalario y generoso con los pobres. Descontenta Aglae de su vida deshonesta, encargó á su amigo que fuera á Oriente y le trajera reliquias de los mártires, á fin de que pudiera honrarlos y obtener por su mediación el perdón de sus culpas. Púsose él, pues, en camino con doce caballos, tres literas y muchos perfumes, y en el camino empezó á pensar seriamente en una comisión que había admitido como por broma. Ante todo se dedicó á ayunar y hacer abstinencia. Al llegar á Tarsos fué testigo del martirio de muchos cristianos, y conmovido por su firmeza se puso á abrazarlos y á pedir que le tuvieran presente en sus oraciones. Hizo el gobernador que le prendieran y entregaran á los tormentos más crueles, que soportó con ejemplar paciencia en expiación de los desórdenes pasados. Sabedora Aglae del martirio de aquel á quien había amado, rescató su cadáver á enorme precio, y abjurando de sus errores, distribuyó á los pobres su hacienda, dió libertad á sus esclavos, y se retiró del mundo con un corto número de personas.

Santas Perpétua y Felicitas.—En Cartago, Perpétua y Felicitas se hicieron célebres por su santo heroísmo (167). Hija la primera de noble familia, de edad de veinte y dos años, y con un niño de pecho, vivía en compañía de sus padres y de dos hermanos: era la segunda esclava, y estaba á punto de ser madre. Solícito pagano el padre de Perpétua, la apremiaba á fin de que sacrificara á los dioses. «Habiendo permanecido algún tiempo (dice ella al narrar su martirio) sin ver á mi padre, di gracias al Señor por aquel beneficio, y su ausencia me permitió cobrar aliento. En el trascurso de estos pocos días fuimos bautizadas, y al salir del agua

imploré la paciencia en las penas corporales. Al poco tiempo fuimos encarceladas, lo cual me llenó de susto, por no haber visto jamás tales tinieblas. ¡Qué horribles horas! ¡Qué calor producía el hacinamiento de tanta gente! Nos maltrataban los soldados. Yo me sentía devorada de inquietud por mi hijo; entonces los diáconos Tercio y Pomponio, que nos asistían, obtuvieron á costa de dinero que nos permitieran respirar algunos instantes. Salimos, y cada cual pensaba en sí propio. Yo dí de mamar á mi hijo, se lo recomendé á mi madre y consolé á mi hermano; pero me desgarró el corazón ver cuanta pesadumbre le ocasionaba, y pasé muchos días sobre cruz semejante...

«Habiendo cundido el rumor de que íbamos á ser interrogadas vino mi padre desde la ciudad á la cárcel, y me dijo sumamente afligido: *¡Hija mía, ten lastima de mis canas! ¡Compadece á tu padre! Si merezco este nombre, si te he educado hasta la edad que tienes, si has sido la preferida entre todos mis hijos, no me cubras de oprobio. Piensa en tu madre, piensa en el hijo que sustentas y no podrá sobrevivirte. Renuncia á esa obstinación para no causar la pérdida de todos, pues ninguno de nosotros osará ya erguir la frente si te acontece una desgracia.*

«Así me habló con enternecimiento, besándome las manos, arrojándose á mis plantas, llorando, y llamándome, no ya su hija, sino su señora. Yo estaba conmovida de compasión viendo que entre toda la familia él sería el único que no se regocijara de mi martirio, y para consolarle, le dije: *Será lo que Dios quiera, pues no estamos en nuestro poder, sino en el suyo.* Retiróse al fin contristado. Al día siguiente á la hora de comer vinieron á llamarnos para el interrogatorio; inmediatamente se divulgó la noticia por los vecinos barrios, y atrajo un tropel de gentes. Subimos al tribunal... El procurador Flaviano me dijo: *Piensa en la ancianidad de tu padre, en la debilidad de tu hijo; sacrifica por la prosperidad de los emperadores.*—*No haré tal,* respondió:—*Y él ¿eres cristiana?*—*Soy cristiana,* repuse. Como se esforzaba mi padre por arrancarme del tribunal, mandó Flaviano que fuera espulsado; y le dieron un latigazo que sentí cual si yo misma le hubiera recibido: tanto me affigia ver maltratado á mi anciano padre. Entonces Flaviano pronunció la sentencia mandando que se nos arrojase á las fieras. Tornamos alegres á nuestro calabozo, é inmediatamente envié al diácono Pomponio á casa de mi padre en busca de mi hijo, que estaba acostumbrado á permanecer á mi lado y á tomar mi leche. Mas no pude lograrlo, y quiso Dios que mi hijo no buscara mi seno y que la leche no me mortificara.»

También ha descrito su fin la piedad de los que sobrevivieron á su suplicio: «Felicitas se hallaba en el octavo mes de su preñez, y viendo aproximarse el día del espectáculo, vivía con la zozobra de que se dilatara su martirio, porque la ley vedaba matar á las mujeres en cinta. Afligíanse por su

parte los compañeros de su sacrificio de dejarla sola en el camino de sus comunes esperanzas. Reuniéronse, pues, todos para orar y gemir juntos tres días antes del espectáculo. Apenas se había terminado las oraciones, sintió agudos dolores, y siendo el parto naturalmente muy penoso, padeció en extremo, y lloraba. Por eso uno de los carceleros, dijo: *Si te lamentas ahora ¿qué harás cuando te espongan á las fieras?* Dió á luz una niña, que ha criado una cristiana cual si fuera suya propia... Los hermanos y todos los demás obtuvieron permiso de entrar en la prisión para alentarse mutuamente. Ya se había convertido el carcelero. Según costumbre, se les sirvió la vispera del combate el *banquete libre, que se hacía en público*; pero los mártires le convirtieron en una agapa, y hablaban al pueblo con la libertad acostumbrada, diciéndole: *Miradnos bien de frente para que nos reconozcáis el día del juicio.*

«Llegada la hora de la lucha salieron los mártires de la cárcel con dirección al anfiteatro como para el cielo, contentos y más conmovidos de alegría que de espanto. Perpétua les seguía con sereno rostro y tranquilo el paso, como una persona perteneciente á Jesucristo, y bajos los ojos para ocultar su brillo á los espectadores. Felicitas iba satisfecha de encontrarse en aptitud de poder hacer frente á las fieras. Al llegar á la puerta se les quería obligar á que tomaran los ornamentos de los que figuran en espectáculos semejantes: á los hombres el manto rojo de los sacerdotes de Saturno, á las mujeres las cintas que llevan en la cabeza las sacerdotisas de Ceres; pero los mártires rehusaron las libreas de la idolatría.

«Cuando Perpétua y Felicitas fueron despojadas de sus vestidos y envueltas en redes para ser espuestas á un novillo furioso, se estremeció el pueblo horrorizado, viendo á la una tan delicada, y á la otra aun no restablecida del parto: se las retiró, pues, de aquel sitio cubriéndolas con anchas vestiduras. Embestida Perpétua la primera, cayó de espaldas, y al ver su ropaje desgarrado por un lado, tiró del pedazo para cubrir su muslo, ocupándose más de su pudor que de su padecimiento. Recogió los cabellos que caían flotantes, para no aparecer como de luto, y viendo á Felicitas tendida, le alargó la mano para ayudarla á que se levantase. Enseguida fueron hácia la puerta Sanavivaria, donde fué recogida Perpétua por un catecúmeno llamado Rústico. Entonces cual si despertara de un profundo sueño empezó á mirar en torno suyo, diciendo: *¡Y bien! ¿cuándo nos esponen á ese novillo?* Y luego que supo lo que había pasado, no quiso creerlo hasta que reparó en su cuerpo y en su traje, rastro de lo que había padecido.

«Habiéndose acercado á ella su hermano, le dijo como también á Rústico: *Perseverad en la fe, amaos unos á otros, y no os escandaliceis de nuestros padecimientos.* Tornó á pedir el pueblo que se presentaran en el anfiteatro, donde se encaminaron por su propio pie las dos mártires después de ha-

berse dado el ósculo de paz. Felicitas tocó en suerte á un gladiador inesperto, quien la pinchó entre los huesos, obligándola á lanzar un grito, porque los suplicios de los pacientes casi muertos, eran el noviciado de los gladiadores. Perpetua por sí misma dirigió á su garganta el brazo mal seguro de su verdugo.»

Con tal heroísmo aseguraban la emancipación de la mujer aquellas víctimas generosas, y redimían su sexo de una esclavitud vergonzosa, elevándole á la santa dignidad de la mujer cristiana.

San Cipriano.—En las últimas persecuciones se habian aumentado de tal manera el número de cristianos que obligaba á algunos miramientos: á menudo se castigaba al obispo, sin causar á su grey ninguna molestia y se permitía á quien quisiera, asistir á los sentenciados y recoger sus reliquias. Cecilio Cipriano, obispo de Cartago, se habia sustraído por largo tiempo á las persecuciones de que le hacia blanco su celo, ora ocultándose, ora huyendo, lo cual le valió reconvenções de la iglesia de Roma. Pero cuando el procónsul Paterno le intimó la orden imperial, obligando á los que habian abandonado la religion antigua á volver á ella y á practicarla, Cipriano no titubeó en desobedecer este mandato, alegando no obstante su título de ciudadano romano, y protestando de su adhesión á los emperadores. Fué, pues, desterrado, llamado otra vez y condenado por último á muerte. Dos oficiales llegaron á prenderle en su carro, y habiéndole conducido á casa de uno de ellos, le custodiaron para cenar en una mesa bien servida, permitiendo que vinieran á platicar con él muchos de sus amigos, mientras á la parte de afuera llenaba la calle una multitud de fieles. Cuando fué pronunciada la sentencia gritaron todos: *Moriremos en su compañía*: luego al ser conducido al suplicio le siguieron sus diáconos y sus presbíteros ayudándole á despojarse de sus vestiduras. Tendieron por el suelo pedazos de tela, para recoger su sangre, y cuando fué degollado dieron al verdugo veinte y cinco monedas de oro, á fin de cumplir la voluntad del santo. Su cadáver fué llevado por ellos en fúnebre triunfo al cementerio cristiano (258). ¿Quién no se conmueve ante esa mezcla sublime de cordero y de león?

Modificáronse los edictos de Diocleciano en tiempo de sus sucesores, según el carácter de cada uno de ellos. Los suavizó Constancio, aumentaron su rigor Maximiano, Galerio y Maximino. Majencio concedió al Africa algun reposo, quizá para hacerse adicto un partido de cuya fuerza daba testimonio la persecucion de que era objeto. Durante su reinado vemos á Marcelo obispo de Roma, imponer severas penitencias á los que habian sucumbido en la persecucion precedente; rigor que escitó muchas disensiones, de las cuales resultó que el emperador le envió á destierro (14). Mensurio, obis-

(14) Véase su epitafio en GRUTERO, *Inscr.*, 1172. En la misma obra se hallan dos inscripciones concebidas en

po de Cartago, dió asilo en su casa á un diácono que habia escrito contra el emperador, y rehusó entregarle. Llamado á Roma para dar cuenta de su conducta fué allí absuelto (15).

Galerio desplegó mucha más severidad en la Iliria, en la Tracia y en el Asia, así como en Siria, Palestina y Egipto. Y hasta cuando otorgó descanso á la Iglesia, Maximino que administraba en su nombre, continuó por crueldad y por superstición la matanza de los cristianos, y procuró dar al paganismo lo que le faltaba, una constitucion modelada con arreglo á la de la Iglesia. Después de haber reparado y adornado los templos de las principales ciudades, subordinó los sacerdotes de las diferentes divinidades á pontífices encargados de escitar y de producir la idolatría; estos á semejanza de los obispos que dependían de los metropolitanos, estuvieron bajo la vigilancia de grandes sacerdotes, que, vestidos de blanco y escogidos entre las principales familias, obraban como vicarios inmediatos del emperador. Hizo además que le exhortaran todas las ciudades á seguir más bien la justicia que la clemencia respecto de los cristianos, generalmente aborrecidos; y confió la ejecución de sus edictos á los magistrados y á los sacerdotes, que no solo los espulsaron, sino que los sujetaron á mil tormentos y aun á la muerte. Acaso pretendía por este medio grangearse la voluntad de la fracción pagana; pero como Galerio se aproximaba á su fin, no quiso tener por enemigos suyos á todos los cristianos y alojó en las persecuciones. Por eso en el año de 310 vemos gozar á Siria de tan gran sosiego que se reedificaban allí iglesias (16).

No se declaraba, pues, la guerra á los cristianos por sentimiento religioso, ni se les concedía la paz, sino por política (17): se trataba de aniquilar ó de dar realce á una fracción ya poderosa para mantener en equilibrio la fortuna del imperio.

estos términos: Diocleciano Jovio, Maximiano Hercúleo, césares augustos, después de haber dilatado el imperio romano en Oriente y Occidente, y de haber destruido el nombre de los cristianos, que perdían á la república...

«Diocleciano, César augustus, después de haber adoptado á Galerio en Oriente, y destruido en todas las comarcas la superstición de Cristo, propagando el culto de los dioses...»

No es muy cierta su autenticidad; y todavía es más notable la inscripción que trae MASDEU en su *Historia de España*, V, 372.

III INVICTI CÆSARES—MATRI DEUM—SACELLO—IN DVRII AMNIS ANCONÆ—INSTRVCTE SVB MAGNÆ PASI-
PHAES NVMINE—PRIVATVM DIANÆ SACRVM—FORDAM
VACCAM ALBAM—IMMOLAVERE—OB CHRISTIANAM—
EORVM PIA CVRA SVPPRESSAM EXTINCTAMQUE—SV-
PERSTITIIONEM—DIOCLEC—MAXIMIAM—GALERIVS
—ET CONSTANTIVS—IMPER. AVGGGG PERPETVI.
El piadoso Constancio Cloro es aquí cómplice de la persecucion.

(15) OPTATO, *contra Donatist.*, I, 17 y 18.

(16) EUSEBIO, *De martyr. Palestina*, c. 13.

(17) MOSHEIM dice: *Talem fuisse Christianorum statum, qualem reipublicæ*, p. 955.

CAPÍTULO XXVIII

APOLOGIAS Y CONTROVERSIAS.

Algo existe sin duda más penoso para los propagadores de la verdad que las persecuciones y la muerte, y es la calumnia ó la indiferencia, y ambas sometieron á duras pruebas la paciencia de los primeros cristianos. Juvenal describe uno de sus suplicios con la indolencia del libre pensador que ve dar muerte á fanáticos (1). Tácito dice, por ignorancia ó por malignidad, que los cristianos formaban una secta odiosa entre las que infestaban á Roma, cloaca de todas las inmundicias (2). Plinio el Joven no puede creerlos delincuentes, y sin embargo los castiga. Plinio el Mayor, Plutarco, Séneca, Quintiliano, ni siquiera hacen mención de ellos: tampoco los nombra Dion Casio en su larga historia. Pocas líneas les consagra la *Historia Augusta*, también muy estensa. Luciano se burla de ellos absurdamente (3). Todos los doctos acusan á los

(1) *Pone Tigillum: tado lucebis in illa.*

*Qua stantes ardent, qui fixo gutture fumant,
Et latum media sulcum deducit arena.*

Sat. I, 155.

Alude á los fanales de los jardines de Neron.

(2) *Anales*, XV, 44.

(3) Dado que el diálogo titulado *Philopatori* no sea de autor más antiguo, de este modo describe una de sus asambleas:

Critias. Iba yo por una callejuela de la ciudad cuando vi una porción de gentes que se hablaban al oído: fijé mi vista en ellos por si encontraba algun conocido, y distinguí al político Craton, con quien me une la más estrecha amistad desde la infancia.

Trifon. No se de quien hablas. ¿Es por ventura aquel que dirige el reparto de los impuestos? Y bien, ¿qué sucedió?

Critias. Rompiendo por medio de la muchedumbre, me puse á su lado y después de seguirle, oí á un anciano de poca estatura llamado Cariceno, quien con voz débil y gangosa se esplicó de este modo, no sin toser y escupir antes.

predicadores del Evangelio de dirigirse á las mujeres, á los niños, á los esclavos, y de evitar haberse las con gentes ilustradas. «En las casas particu-

«El que te he dicho pagará lo restante de los tributos; satisfará todas mis deudas públicas y privadas, y recibirá, sin informarse de su profesion, á todas las personas.» Cariceno añadió otras futilidades igualmente aplaudidas por los asistentes, atentos en virtud de la novedad de las cosas. Otro hermano, llamado Clevocarmo, descalzo y sin sombrero, con un manto remendado, murmuraba entre dientes. Me lo enseñó un hombre de usado traje, que venia de las montañas y traía rapada la cabeza. Entonces uno de los asistentes de torva mirada me tiró del manto, creyendo que yo era de la congregacion, y me invitó por mi desgracia á asistir á la asamblea de aquellos hechiceros. Ya habiamos traspuesto el umbral de bronce y las puertas de hierro, como dice el poeta, cuando después de haber trepado á lo alto de una casa por una tortuosa escalera, llegamos, no á un salon de Menelao, resplandeciente de marfil y de oro, sino á una hedionda bohardilla. Allí vi rostros pálidos, macerados, inclinados al suelo, que, apenas nos descubrieron, se tornaron alegres, preguntándome si era portador de alguna siniestra noticia. Parecia como si aquellas gentes desearan acontecimientos terribles y se recrearan en la narracion de desastres. Hablándose al oído se informaron de quien yo era y de donde venia... Enseguida como gentes que moran en los aires, me pidieron nuevas de la ciudad y del mundo. Cuando les respondí: *todo el pueblo rebosa de alegría y rebosará en lo venidero*, fruncióron las cejas y replicaron que eso no seria cierto; que se preparaban grandes calamidades y en breve descargaría la nube.... Entonces comenzaron á perorar sobre lo que les ocurría, manifestando que cambiarían de faz los negocios y Roma seria turbada por las facciones, y vería nuestros ejércitos en derrota. No pudiendo aguantar más tiempo, dije fuera de mí.—«¡Ah miserables! ¡Caigan sobre vuestras cabezas los males que profetizais, ya que tan poco amor teneis á la patria!»

Trifon. ¿Y qué respondieron los que tienen la cabeza rapada y tambien el espíritu?